La poesía personal de ANTONIO PEREIRA

César Aller

No temo equivocarme al afirmar que Antonio Pereira no es suficientemente conocido en León. Suena su nombre mucho, como corresponde a quien se ha dado a conocer por sus libros, conferencias y como ganador de concursos, pero considero que no se ha valorado adecuadamente su obra.

DIBUJO DE FIGURA, el libro que acaba de publicar en la colección El Bardo, de Barcelona, es una buena ocasión para hablar de él como poeta. Porque su voz se ha ido decantando y se ofrece ahora más honda, y, a la vez, más propicia a los hallazgos estilísticos, en esa aparente espontaneidad del arte.

Hay en Antonio Pereira poeta, varios registros claramente apreciables en los que suena su voz personal: lo que pudiéramos incluir bajo la denominación genérica de "sentimiento", el "humor" y los "recuerdos".

En primer lugar, Pereira es un lírico, es decir, un cantor "ex abundantia cordis". Quiero significar con esto que no necesita ninguna apelación a la extravagancia, ni al trampolín de las modas literarias, porque tiene su propio cantar, bello y duradero. No inventa la belleza sino que la siente.

Su humor está en su capacidad de sonrisa pícara, inocente, susurrada. Humor nunca duro, ni cínico, ni negro. Es como un contagio galaico. Es en el humor donde se apoya para mantenerse alegre, para no dar demasiada importancia a lo que ocurre, ni a sí mismo. Es una forma de piedad hacia las cosas de la vida. Piedad y comprensión con regocijo. Esta es su sonrisa.

El recuerdo es el rico desván de su infancia. Allí entra el sol del Bierzo, con sus ligeras brumas, allí la vida villafranquina y sus costumbres, familia, las fiestas. Todo cuanto es del pueblo, porque nace en él y a él vuelve. Allí también las mozas en los días de mercado que "bajaban a la villa can sus cestas enredadas de fruta y una flor en los dientes".

Antonio Pereira es un escritor de matices. Su sensibilidad vibra hasta con el pasar del aire cuando está en calma. No se puede perder ni una i, ni una coma, de lo que escribe, porque en cada signo suyo va su firma personal, aquella vuelta favorable al

humor, aquel entrañado sentir, de quien escribe reviviendo y haciendo vivir el tiempo ido.

Fijémonos bien. Si un escritor nos da su propio ser en lo que escribe, si un poeta se emociona, llora, canta o se entristece en sus poemas, y al leer recibimos aquello, no lo dudemos, allí hay un escritor que no suena en falso, sino a plata pura o a bronce en ecos que cunden por el aire.

> Por cada verso que os he dado en limpio
>
> otros sin culpa acaso se han quedado
>
> en el cajón que crece hacia el olvido.
>
> No me importan los himnos, renuncio a las arengas,
>
> lo sagrado me sirva
>
> para que San Miguel del fiel contraste
>
> nivele mis pecados.
>
> ahora que rebusco
>
> como quien ha perdido sus monedas
>
> en la extensión moviente de una playa.

Oficio sagrado el del poeta, no de hablador, ni doctrinario, no de arenguista, ni propagandista de nada.

Antonio Pereira coge al vuelo los leves sentires, la añoranza pequeña o la virtud natural apenas visible.

> El pudor era un meteoro
>
> el pudor era un meteoro como la lluvia y el viento y el fuego de santelmo el pudor era un meteoro como la lluvia
>
> el viento y el fuego de santelmo y la nieve y el rayo el pudor era imprescindible más que todos los meteoros junios porque no hay cabañuelas para el pudor...

A veces, hasta para empezar un poema se sonríe y es capaz de pedirnos permiso.

Tres hermanas conservo,

cuñadas no sé cuantas.

Si ustedes no se enfadan

yo les haría un verso.

Así es su humor de fino. Como en aquel poema en el que se nos habla de una junta piadosa, de la que el mismo autor parece certificar. Dice al final:

y no reprocho nada a don Joaquín

a don Jerónimo

a don José

a don Silvano

a don Federico

ni siquiera a mí mismo, un escribano

da fe y se calla, ve volar las moscas

y está pensando, pero siempre calla.

Desde estas páginas de "León" doy mi voto al reciente libro de Antonio Pereyra, y pido a los que esto leen que lo lean y den, por cuarta vez, la bienvenida a un poeta que, tras pasar el invierno del sufrimiento, afirma que tiene mucha fe en la primavera.

Salve, Antonio; yo, con inmensa alegría, te saludo.